

NACIONES Y FRONTERAS: DOS COYUNTURAS ACADÉMICAS

Arístides Ramos Peñuela¹

aristides.ramos@javeriana.edu.co

ORCID: 0000-0001-7225-2969

Resumen:

En este artículo analizo el concepto de nación a partir de la coyuntura académica del año 1983 en que se publican los principales estudios que marcan una ruta metodológica para hacer comprensibles las más diversas configuraciones nacionales. Destaco los casos de América introduciendo además la relación entre nación y fronteras en función al análisis de la construcción de espacios económicos. Finalmente analizo la historiografía de Perú y de México que se presentan como casos muy particulares de configuraciones nacionales cuyas raíces culturales están en el pasado colonial como lo han destacado sus propias historiografías.

Palabras clave: Nación, América, fronteras, Perú, México, historiografía .

Abstract:

In this article, I analyze the concept of nation on the basis of the academic situation in 1983, when the first studies were published that would provide a methodological route to make the most diverse national configurations comprehensible. I highlight the cases of America also by introducing the relationship between nation and borders according to the analysis of the development of economic areas. Finally, I analyze the historiography of Peru and Mexico, both examples of very particular cases of national arrangements that are culturally rooted in their colonial past as their own historiographies have pointed out.

Keywords: Nation, America, borders, Peru, Mexico, historiography.

1 Licenciado en Historia y Socio-economía y magister en historia de la U.N de Colombia y con estudios doctorales de la Universidad de los Andes. Fue director de la Maestría en Historia de la Pontificia Universidad Javeriana y Editor de la Revista Memoria y Sociedad de la misma Universidad de la cual se desempeña como profesor de planta. Autor del libro Los caminos al río

Magdalena y de artículos relacionados con política colonial y fronteras.

INTRODUCCIÓN

Los estudios sobre fronteras y naciones han tenido un inusitado desarrollo tanto en América y como en Europa a partir del último cuarto del siglo XX. Estos conceptos han estado presentes en gran parte de la historiografía de América, bien sea de manera independiente o analíticamente conectados. En Estados Unidos, país pionero en el estudio de las fronteras, los historiadores reanimaron la discusión sobre este tema en las décadas del ochenta y del noventa con el propósito de repensar las tesis y postulados de Turner, que según algunos historiadores, habían impedido reconocer las particularidades regionales en los procesos de expansión hacia la frontera (Raush, J. 2010). En América Latina por su parte, los temas asociados a naciones o a fronteras tuvieron un desarrollo importante en el último cuarto del siglo XX. El tema del nacionalismo fue un objeto central de investigación histórica en México y Perú. En ambos casos el tema nacional se asocio a fenómenos culturales como el guadalupismo o la utopía andina respectivamente. En el primer caso se trataba de explicar la fragmentación nacional y en el segundo el desarrollo temprano del nacionalismo.

La relación frontera y nación se ha planteado en los casos de Argentina, Chile, Uruguay y Venezuela dado que las tierras que fueron consideradas por sus respectivas elites decimonónicas como fronteras, se convirtieron en espacios centrales en el desarrollo de sus respectivas economías nacionales. En estas tierras de frontera, llamadas por las emergentes elites nacionales como tierras indias, se desarrolló la agricultura comercial que proveyó de recursos fiscales a los nacientes estados que de esa manera pudieron adelantar sus respectivos proyectos nacionales.

Adicional a las tradiciones académicas en los estudios sobre las fronteras y sobre los nacionalismos, considero que las coyunturas políticas tanto internacionales como nacionales estimularon gran parte de las investigaciones sobre estos temas. La crisis de los Balcanes, las guerras en el sudeste asiático y los movimientos sociales de carácter regional en muchos países de América Latina se constituyeron en marcos referenciales en algunas investigaciones. Para el caso del Perú, encontramos que la gran crisis generada por el grupo armado *Sendero Luminoso* obligó a varios historiadores a plantear la pregunta por lo nacional. El carácter mesiánico de este grupo y las condiciones particulares de la región de Ayacucho fueron decisivos en la agenda

investigativa de algunos intelectuales peruanos. En el caso mexicano, a finales de la década del noventa irrumpió una de las movilizaciones indígenas más importantes cuyo propósito fue tratar de conquistar un lugar en la nación mexicana. Así pues, hubo un contexto político continental y transcontinental en el cual las identidades étnicas, regionales y nacionales se manifestaron con una intensidad particular.

Así pues, mi propósito en este ensayo es presentar dos coyunturas, que en mi opinión, marcaron el inicio de una indagación sistemática en torno a lo nacional tanto en Europa como en América. En la primera analizo la coyuntura de 1983, año en que se publicaron los estudios teóricos más influyentes sobre el nacionalismo. Destaco la importancia de esta coyuntura académica por elaboración especial del concepto de nación y cómo éste se convierte a partir de entonces en objeto central de reflexión en la teoría social.

Con base en ello, cada teórico y de acuerdo a su perspectiva plantea una estrategia metodológica específica. Me propongo por lo tanto, abordar el concepto de nación y la manera como cada teórico planteó una ruta metodológica particular para hacer aprehensible e inteligible los procesos históricos que condujeron a las configuraciones nacionales en diversos contextos. Analizo además las perspectivas investigativas que cada enfoque abrió.²

En la segunda analizo la historiografía de América Latina que estudia la formación de naciones en relación con los procesos de expansión hacia las fronteras. Estos son los casos de Chile, Venezuela, Argentina, Uruguay y Ecuador. Adicionalmente presento los casos de México y Perú en los cuales el tema de lo nacional se asoció en el primer caso al guadalupismo y en el segundo a la utopía andina. En el primero se explica el

2 La formación de las naciones europeas fue el tema tratado por Ernest Renan en la conferencia que pronunció el 11 de marzo de 1882 en la Sorbona. En ella planteó la problemática metodológica en el estudio de la nación. El autor expuso en su intervención los factores que interviene en las formaciones nacionales en especial el tema dinástico, el racial, el lingüístico y el religioso. Pondera cada uno de estos factores para finalmente concluir que la unidad nacional se logra cuando se comparte una herencia, unos héroes, en términos generales una historia que es mucho más fuerte y decisiva para la unidad nacional que los factores lingüísticos o raciales. El concepto de nación que elabora Renan es el de “un alma” “un principio espiritual” “una comunidad de intereses”. Estos temas serán retomados por Hobsbawm, Gellner y Anderson en la coyuntura académica de 1983 como lo veremos en este artículo. Véase Ernest Renan, *¿Qué es una nación? Cristianismo y judaísmo. Contemporáneos ilustres. Consejos del sabio*, Editorial Elevación, Buenos Aires, 1947. Primera parte, pp.23-42. Texto reproducido por el Instituto de Estudios Peruanos, Lima, Junio de 2002

desarrollo temprano del nacionalismo y en el segundo la fragmentación nacional que históricamente ha tenido el Perú, de acuerdo a los planteamientos de algunos de sus historiadores.³

Éstas son pues las dos coyunturas académicas que me he propuesto abordar en este ensayo. Cada una tuvo un desarrollo particular e independiente. Hacia la década del noventa cuando la teoría sobre la nación se cimentó, los estudios sobre el nacionalismo en América Latina se entroncan con los desarrollos teóricos europeos sobre el tema. Como resultado de ello los estudios sobre el nacionalismo se tematizan en múltiples relaciones. En este ensayo se destacará solamente una: nación y frontera. Este es el más genuino aporte hecho desde América.

3 Véase David Brading, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1980. Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe*, México, F.C.E., 1995. Heraclio Bonilla, *Un siglo a la deriva*, Lima, IEP Ediciones, 1980. Alberto Flores Galindo, *Buscando un inca: identidad y utopía en los Andes*, Lima, IAA, 1987.

I. LA COYUNTURA EUROPEA DE 1983: UNA TRILOGÍA TEÓRICA

El año de 1983 reviste especial importancia para las ciencias sociales porque fue precisamente en ese año cuando salieron a la luz pública tres estudios centrales en torno a naciones y nacionalismos. Sus autores: Eric Hobsbawm, Benedict Anderson y Ernest Gellner. A la coincidencia en torno a la fecha de publicación se le sumó la coincidencia en torno a la manera de entender la nación como una comunidad de la más alta complejidad. El concepto más difundido y conocido fue el que propuso Benedict Anderson: “comunidad imaginada, inherentemente limitada y soberana” (Anderson, B. 1997: 23). Con términos relativamente similares Gellner definió la nación: “...las naciones son los constructos de las convicciones, fidelidades y solidaridades de los hombres” que se unen en comunidad (Gellner, E. 1994: 20). Por su parte Eric Hobsbawm (2002) en su estudio *La invención de una tradición* entendió la nación como una comunidad más y al igual que los otros autores la desnaturalizó al ponerla en un tiempo histórico y en problemáticas específicas. Adicionalmente Hobsbawm se propuso explicar el origen de las diversas comunidades humanas, entre ellas las nacionales, a partir de un principio de ingeniería social que el autor llamó la invención de una tradición.

Las expresiones imaginada, invención, artefacto, constructo e ingeniería social utilizadas por los autores, connotan ideas en torno a procesos y a voluntades políticas gestoras de naciones. Con ello nos están indicando que las comunidades nacionales, como cualquier comunidad, tienen su propio tiempo y sus propios artífices. Para estos autores es muy claro que las comunidades nacionales poseen lazos muy estrechos entre sus miembros que los hermana y los fraterniza. Estos atributos, que definen cualquier tipo de comunidad, se convierten en el caso de lo nacional en uno de los problemas más complejos de su estudio y que de una u otra manera plantean el tema de un tipo de igualdad que se convierte en condición necesaria para el desarrollo de una comunidad nacional.

¿Qué hace iguales a las personas que fraternizan y se hermanan en una comunidad amplia y compleja como la nacional? La respuesta de Eric Hobsbawm (2002) es que la invención de una tradición tiene como propósito igualar a las personas a partir de una idea de procedencia común como condición previa para crear comunidad. Éste sería el

comienzo de un complejo proceso de homogenización cultural propio de las formaciones nacionales.

El acto inventivo nos permite pensar y localizar en una tradición específica los procesos identitarios que acompañan el desarrollo de los procesos nacionales. Para Hobsbawm, la invención de la tradición “incluye tanto las tradiciones realmente inventadas, construidas y formalmente instituidas, que emergen de un modo difícil de investigar durante un periodo breve y mensurable, quizás durante unos pocos años, y se establecen con gran rapidez” (Hobsbawm et alter, 2002:7). Las tradiciones inventadas legitiman la acción y cohesionan el grupo. De manera que una tradición inventada es la más eficaz fuente de identidad de un grupo, de una comunidad específica como también de una comunidad nacional. Hobsbawm, como gran historiador, reconoce la complejidad misma del concepto y nos propone metodológicamente ubicar el momento en que se opera ese acto inventivo. Es ahí donde se reconocen las motivaciones que dan lugar a esa particular “ingeniería social” que construye comunidad a partir de una tradición inventada. El autor complementa su propuesta metodológica con la palabra instituir. Se trata en esta perspectiva de analizar como ese acto inventivo formalmente se localiza y se reproduce en una institución, en unos símbolos o en unas prácticas específicas. Los espacios son múltiples como múltiples son las experiencias históricas. Las tradiciones se pueden instituir en un cancionero, un himno o en el caso más complejo, en una historia nacional (Hobsbawm et alter, 2002:14).

Hobsbawm cierra su propuesta teórica con un principio de orden metodológico: “El estudio de las tradiciones inventadas no se puede separar del análisis general de la historia de la sociedad, ni se puede avanzar más allá del simple descubrimiento de tales prácticas si no se integra en un estudio de más alcance” (Hobsbawm et alter, 2002:19). Se trata pues, de estudiar el nacionalismo en el ámbito de interrelaciones políticas, sociales, económicas y culturales. Una estrategia autorreferencial siempre será engañosa. Así, el estudio de la prensa, de un museo, una crónica o una imagen siempre serán insuficientes para explicar la configuración de una comunidad y Hobsbawm reitera la necesidad de colocar los actos inventivos en la complejidad misma de la sociedad y de su historia. El llamado metodológico de Eric Hobsbawm es para que coloquemos en un amplio sistema de relaciones los factores que intervienen en el

desarrollo de una comunidad nacional. Es reconocer la complejidad del proceso. Siete años después el autor pondrá a prueba las teorías existentes sobre el nacionalismo a partir de las experiencias históricas concretas de los europeos (Hobsbawm, E. 1991). En su libro *Naciones y nacionalismos* (1991), Hobsbawm retoma el viejo tema planteado por Ernest Renan en torno a la lengua y la etnicidad los cuales vincula a procesos históricos expansivos con altos costos para los grupos étnicos minoritarios que perdieron gran parte de sus culturas, en especial sus lenguas. Para Hobsbawm al igual que para Renan, los factores lingüísticos y étnicos tienen un papel relativo en los procesos nacionales. Al respecto el autor formula la pregunta ¿Qué son finalmente las lenguas nacionales? Su respuesta es que éste es el resultado de la decisión de una elite intercomunicante, se hace coincidir el factor lingüístico, sin importar que esa lengua la hable una minoría. Ésta se expande a través de la educación pública y adquiere una fijeza nueva (Hobsbawm, E. 1991:70).

En cuanto a la relación entre etnicidad y nación, Hobsbawm no puede menos que reconocer que al igual que con la lengua, Europa tuvo una gran heterogeneidad como para plantear la relación entre nación y origen étnico común. “Por otra parte, muy pocos movimientos nacionales modernos se basan realmente en una fuerte conciencia étnica, aunque a menudo inventan una sobre la marcha, bajo la forma del racismo”. Con ello el autor le otorga un relieve especial al concepto “invención de la tradición”: dadas las experiencias históricas europeas gran parte de los movimientos nacionalistas inventaron una tradición con el fin de construir procesos identitarios que la experiencia histórica no proveyó.

Al final de su trabajo, Hobsbawm introduce la pregunta por el protonacionalismo que lo define como las tradiciones sociales, políticas y culturales pre modernas que juegan un papel importante en momentos históricos en que las sociedades plantean sus proyectos nacionales. Estas tradiciones pueden ser de carácter religioso, pero el investigador, nos alerta el autor, debe ser cauto porque “las relaciones entre la religión y la identificación protonacional o nacional siguen siendo complejas y sumamente opacas” (Hobsbawm, E. 1991: 79). Después de múltiples indagaciones y del examen de múltiples experiencias históricas en especial las europeas gran parte de los temas del nacionalismo quedarán fuertemente vinculados al papel jugado por el Estado en los

procesos nacionales. En Hobsbawm es la acción gubernativa la que juega un papel fundamental en el desarrollo de comunidades políticas nacionales: aparato educativo, burocracia y alfabetización. De nuevo entra el tema de la lengua nacional, que estaría como soporte o fundamento pero también como propósito de la acción estatal, cuyos logros fueron en verdad decisivos en la aparición del nacionalismo. La perspectiva metodológica que adopta Hobsbawm es que la conciencia nacional tiene que ser estudiada a la par con el desarrollo de la conciencia política y de la conciencia social. Estudiar la sociedad como conjunto es desconocer especificidades sociales y de clase que se manifiestan de manera particular. Los movimientos obreros, las guerras y la configuración de las clases son procesos que se articulan en el desarrollo de las comunidades nacionales. El autor encontró la evidencia en el periodo de las guerras europeas de la primera década del siglo XX cuando los soldados manifestaron, en la correspondencia estudiada por Peter Hanák, deseos de paz, de regreso a casa, y por supuesto deseos de transformación social (Hobsbawm, E. 1991: 137). Así Hobsbawm plantea que la adquisición de conciencia nacional no puede separarse de otras formas de conciencia social y política (Hobsbawm, E. 1991: 139). El sentimiento nacional fue débil entre los círculos obreros y los soldados rasos pero no entre los sectores medios entre los cuales se manifestó este sentimiento con el rostro de la contrarrevolución y el fascismo, concluye el autor.

La conclusión de Hobsbawm en torno a los estudios sobre el nacionalismo, es que este es un fenómeno que no debe ser abordado a partir de grandes abstracciones teóricas sino por el contrario a partir de experiencias históricas concretas. Cualquier modelo teórico sobre el nacionalismo encontrará ejemplos y contraejemplos en procesos históricos complejos.

Retornando de nuevo al interrogante planteado al inicio: ¿Qué hace iguales a los hombres que fraternizan y se hermanan en una comunidad amplia y compleja como la nacional? Ernest Gellner ofreció la siguiente respuesta: “el nacionalismo surge en situaciones en que la existencia del Estado se da ya por supuesta”. Y agrega más adelante: “en las sociedades industriales la presencia del Estado es ineludible” (Gellner, E. 1994). El concepto de Estado en el que se apoya de manera enfática Gellner es el propuesto por Weber: agente que detenta el monopolio de la violencia legítima dentro

de la sociedad. Así, el Estado será para este autor “una elaboración importante y altamente distintiva de la división social del trabajo” (Gellner, E. 1994: 18). Históricamente, Gellner reconoce una formación estatal cuando se alcanza una especialización y concentración en el mantenimiento del orden con instituciones como tribunales y policía claramente separados de la vida social. Todo lo anterior lo conduce a plantear que el Estado es el forjador de la nación.

Gellner ubica la igualdad que supone el desarrollo de una comunidad nacional, en la acción estatal que se concreta en dos pilares básicos: la legítima justicia y la legítima educación. El factor educativo cumple un papel esencial en la sociedad moderna porque es el que finalmente garantiza una movilidad social efectiva y real. El sistema educativo hace iguales a los hombres por ser éste sistema altamente estandarizado, y que finalmente “se asume como justo y necesario”. Estas condiciones conducen a “La era de la cultura desarrollada generalizada” en la que el hombre moderno es leal a ella y la cultura se convierte en el “medio común necesario, el fluido vital o mejor la atmosfera común mínima y única en la que los miembros de la sociedad pueden respirar, sobrevivir y producir”. El Estado se encarga entonces de la calidad de la educación a través del vínculo entre Estado y Cultura. El nacionalismo es consecuencia por lo tanto “de una nueva forma de organización social basada en culturas desarrolladas, profundamente interiorizadas y dependientes de la educación y protegidas por su respectivo Estado” (Gellner, E. 1994: 54). Con ello se configura el nacionalismo en cuya base está la más profunda división del trabajo “compleja y cambiante”. Y es cambiante precisamente por la movilidad social que se hace efectiva y real.

Las naciones y el nacionalismo son pues una comunidad y un sentimiento. La integran y la sienten miembros que se reconocen entre ellos como sujetos como iguales en oportunidades educativas, en ascenso o movilidad social y en igualdad ante los tribunales de justicia (Gellner, E. 1994: 47-57). Todo lo anterior es el principio de “...la fusión de cultura y Estado como esencia del nacionalismo” (Gellner, E. 1994: 29-33). El paso a la “Era del nacionalismo” implica por lo tanto “la homogeneidad cultural”. Este proceso no fue un camino sembrado de rosas, estuvo preñado de “violencia y conflicto”. El énfasis en torno al Estado se reitera de nuevo al insistir el autor en que “La historia real de una nación empieza tan solo cuando esta se hace con un estado propio”. Con él

se hace posible la imposición sobre otros grupos étnicos o cultural, muchos de los cuales desaparecen en el desarrollo de procesos nacionales. En esta perspectiva, con el nacionalismo se cristalizan nuevas unidades, aunque en algunos casos tomando como materia prima herencias culturales “provenientes del mundo pre nacionalista”. De manera que para Gellner el tiempo del nacionalismo es aquel donde se integra “voluntad y Cultura”. Así, “un pluralismo cultural auténtico es inviable en la era del nacionalismo”. Quiero destacar en especial que la pertenencia a una nación, y es una idea que infiero del trabajo de Gellner, está profundamente relacionada con la movilidad social y el igualitarismo de una sociedad y que unidos generan cohesión o entropía social (Gellner, E. 1994: 89-116).

En la teoría de Gellner el fenómeno nacionalista es propio de la sociedad moderna e industrial. Este fenómeno no tiene ningún antecedente en sociedades pre modernas o agrarias. En un análisis muy fino el autor sustentó esta idea a partir de una abstracción sobre una sociedad agraria arquetípica. Con ello demostró analíticamente que en ella todos sus componentes y estructuras están dispuestas a impedir el desarrollo del nacionalismo. En las sociedades pre modernas, estamentales y jerárquicas cualquier principio de igualdad es impensable. La cultura está centrada en un estamento que maneja y domina la escritura administrativa y además el estrato dirigente tanto en general como en los diferentes sub-estratos que alberga, hace hincapié más que en la homogeneidad en la diferenciación cultural. Esta última se atribuye al origen social, étnico, etc., y a la genética.

Hay un hecho capital en la sociedad agraria profundamente destacado por Gellner: todo en esta sociedad se opone a la definición de unidades políticas en función a fronteras culturales. Así, es imposible que en este tipo de sociedad se albergue un sentimiento nacionalista, por lo tanto, enfatiza el autor, “que los aspectos de la teoría nacionalista difícilmente se conjugan en la sociedad agraria alfabetizada” (Gellner, E. 1994: 28). Concluye Gellner que las elites pre modernas acentúan los rasgos diacríticos diferenciales promoviendo de así la adscripción social.

La trilogía teórica sobre el nacionalismo del año 1983 queda completada con Benedict Anderson y su libro *Comunidades imaginadas*. Desde el momento de su publicación este texto fue ampliamente valorado por académicos provenientes de los

diversos saberes de las ciencias sociales. La expresión “comunidad imaginada”, sugestiva y cautivante, muy pronto empezó a figurar en los estudios literarios, sociales, antropológicos e históricos y en las más variadas perspectivas. Anderson colocó a la nación como comunidad imaginada en una dimensión casi que religiosa: por ella sus miembros son capaces de sacrificar sus vidas.⁴ A partir de estos atributos el autor traza una estrategia metodológica que consiste en ubicar los tipos particulares de comunidades que de una u otra manera aportaron en el desarrollo de las comunidades nacionales. Por los atributos señalados a la comunidad nacional, el antecedente más importante para Anderson no podía ser otro diferente a la comunidad religiosa y por supuesto también a la política. A pesar de que hay un numeral muy importante sobre el reino dinástico, es la comunidad religiosa en la que finalmente se encuentran todos los atributos que re significados devienen en una comunidad nacional. Nos advierte sin embargo el autor que no debemos entender el nacionalismo como aquello que sucede históricamente a la nación. Se trata por lo tanto de entender el proceso de “construcción simbólica de la comunidad” a partir de prácticas culturales que se resignifican a partir de unas tradiciones culturales. Al calendario festivo religioso le sucede el patriótico nacional. A los mártires de la iglesia le suceden los mártires de la nación.

Retornemos de nuevo a la pregunta: ¿Qué hace iguales a las personas que fraternizan y se hermanan en una comunidad amplia y compleja como la nacional? Veamos que nos responde a propósito Anderson: el capitalismo impreso con sus productos culturales; prensa y novela actuaron como factores altamente homogeneizantes y generadores de comunidad por incorporar a sus miembros en un mismo tiempo.

Metodológicamente nos sugiere la necesidad de estudiar además entidades con gran valor simbólico como museos, archivos y mapas. En ellos se “representa” y se simboliza la nación. Los dos primeros, en palabras del autor, permiten desarrollar la noción de un tiempo vacío y simultáneo. Es el tiempo simultáneo el que configura esa idea de comunidad imaginada. Se pertenece a ella porque participamos de un mismo tiempo. Si bien este argumento será objeto de crítica por parte de Chatterjee, en mi

4 Esta situación particular Anderson la asocia a los monumentos nacionales como los cenotafios, panteón de héroes y martirologios nacionales.

opinión la categoría más compleja es la de identidad. Si mal no entiendo, los fundamentos de la identidad, de acuerdo a la estructura del texto de Anderson, los debemos situar en un tiempo que es simultáneo y compartido por todos aquellos individuos que integran una comunidad y que junto a los símbolos nacionales tendrían un significado común para todos. Estos serían finalmente la base de la comunidad.

Pienso sin embargo que el concepto de identidad de acuerdo a los fundamentos metodológicos que propone Anderson es en cierta manera inaprehensible (Anderson, B. 1997: 63-76) ¿Cómo situar los fundamentos de la identidad en una noción de tiempo simultáneo generada por el capitalismo impreso cuando sabemos del carácter limitado que tuvo la prensa en las primeras décadas del siglo XIX, tal como lo demostró François Xavier-Guerra? (Castro S. et alter, 2003: 3-32). A ello se le puede sumar además la baja escolaridad y el analfabetismo que caracterizó a amplios sectores de la población en los diversos países de América Latina durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX.

El trabajo de Benedict Anderson, por ser quizás el más popular y difundido, ha sido por lo mismo el que ha despertado las críticas más agudas, como por ejemplo la de Partha Chatterjee.⁵ Éste intelectual indio es uno de los pensadores que más ha promovido los estudios poscoloniales y subalternos en la actualidad. Gran parte de los objetivos de los intelectuales que acogen esta corriente de pensamiento ha sido entrar a problematizar el pensamiento moderno europeo y en particular en sus pretensiones de universalidad.

Anderson parte de la idea de “que la nación moderna vive un tiempo homogéneo vacío y que el espacio social se distribuye en ese tiempo”. Ese tiempo no es otro que el tiempo del capitalismo (Chatterjee, P. 2007: 59). Chatterjee problematiza este planteamiento cuando señala que en esta concepción no se presentan resistencias ni impedimentos y cuando se presentan o se interpretan estos siempre serán como residuos pre capitalistas o premodernos (Chatterjee, P. 2007: 60). Con base en esta concepción

5 Partha Chatterjee, *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*, Buenos Aires, 2008. En este libro Chatterjee reúne una serie de tres ensayos: el primero titulado la apertura; quinientos años de amor y odio. El segundo titulado nación y nacionalismo compuesto por tres ensayos; La nación en tiempo heterogéneo, Comunidad imaginada: ¿por quién? , y, finalmente, La utopía de Anderson. Concluye su libro con un tercer ensayo titulado: Modernidad, sociedad, política y democracia, que a su vez está compuesto por siete numerales donde precisa estos tópicos a partir de la experiencia de la India.

las resistencias a la modernidad y al capitalismo tendrían el atributo de lo arcaico o atrasado. El argumento de Anderson que está siendo objeto de crítica por parte de Chatterjee no se completa en comunidades imaginadas, sino que Anderson continua la argumentación en un segundo texto titulado *The Spectre of Comparisons: Nationalism Southeast Asia and the World*, donde él autor distingue “dos tipos de series producidas por el imaginario moderno de la comunidad”. Estas son: series de adscripción abierta determinada por los conceptos centrales del pensamiento social moderno: naciones, ciudadanos, revolucionarios, burócratas, trabajadores, intelectuales, etc., y la segunda está formada por las series de adscripción cerrada de la gubernamentalidad: totales finitos de las clases de población producidas por los censos y por los sistemas electorales modernos (Chatterjee, P. 2007: 60). De acuerdo a la interpretación que hace Chatterjee, las series abiertas son liberadoras en tanto que las series cerradas por el contrario son clasificatorias. Se es musulmán o no se es, se pertenece a tal tribu o no se pertenece. La serie cerrada es por lo tanto inherentemente conflictiva y por ella se generan las políticas de etnicidad. Chatterjee hace de nuevo un llamado crítico al concepto de Anderson del espacio-tiempo homogéneo y a su concepción ético-política universalista. “...aunque las personas puedan imaginarse a sí mismas en un tiempo homogéneo y vacío, no viven en él.” “El tiempo es heterogéneo, disparmente denso”. Su conclusión es que la política no significa lo mismo para todas las personas. No reconocer esto es “desechar lo real por lo utópico” (Chatterjee, P. 2007: 62).

El análisis de Chatterjee finalmente conduce al mundo poscolonial y sus más variadas situaciones las cuales no pueden ser analizadas a la luz de supervivencias de un pasado pre moderno, que parecería ser el análisis de Anderson, sino por el contrario “son los nuevos productos del encuentro con la propia modernidad”.⁶

La situación que ilustra y le da contenido al planteamiento de Chatterjee es la literatura, en especial el *Ramayana* de Tulsidas del cual hace una excelente síntesis y destaca el papel de Dhorai, el héroe de ésta versión épica, el cual está anclado en un tiempo mítico. En opinión del autor, esta obra fue el vehículo más poderoso para la generalización de los valores culturales brahmánicos. El argumento de Chatterjee

⁶ Las situaciones que servirían de ejemplo a este planteamiento son todos aquellos comportamientos no sujetos o enmarcados en la racionalidad moderna.

respaldado en la literatura y en las experiencias políticas de la India en el siglo XX, plantea que la emergencia del nacionalismo encontró en el lenguaje del mito y de la religión popular los valores más importantes para su potenciamiento. Mahatma Gandhi se consolidó entre el campesinado indio, nos refiere Chatterjee, a través de relatos y rumores que informaban de los poderes milagrosos del líder (Chatterjee, P. 2007: 68). Éste sería, en mi interpretación, el tiempo heterogéneo de una historia y un espacio concreto: la India poscolonial, no homogeneizable y menos aún occidentalizable. La conclusión entiendo que puede ser “intentar encontrar espacios éticos reales para su actuación en el espacio heterogéneo, las incipientes resistencias a este orden harían bien en esforzarse para inventar nuevos términos de justicia política” (Chatterjee, P. 2007: 88).

El ejercicio crítico de Chatterjee continúa. En un nuevo llamado crítico a Anderson el autor introduce un interrogante: comunidad imaginada ¿por quién? Cito el problema:

“Parece que la historia ya hubiese decretado que nosotros, en el mundo poscolonial, deberíamos ser solamente unos consumidores perpetuos de la modernidad. Europa y América, los únicos sujetos verdaderos de la historia, habrían elaborado ya, en nuestro nombre, no solo el guión de la ilustración y la explotación colonial, sino también el de nuestra resistencia anticolonial. Y también el de nuestra miseria poscolonial” (Chatterjee, P. 2007: 92).

Esta fuerte reacción teórico-política de Chatterjee deriva en el reconocimiento de un proceso histórico particular: se configura en la sociedad poscolonial (¿la India?) un espacio de soberanía que divide las instituciones y las prácticas sociales en dos campos: el material y el espiritual. En forma sumaria, el material sería todo aquello que garantizó el triunfo de occidente y el espiritual “los aspectos esenciales de la identidad cultural” (Chatterjee, P. 2007: 93). En este último aspecto al poder colonial se le impide intervenir. Y es precisamente en este campo en que se modela una cultura nacional moderna no occidental. Este proceso es anterior a la lucha por el poder político. El autor precisa sus tesis con base en la historia de Bengala. Allí se afirman los bengalíes en su lengua, a la cual protegen del invasor, la adaptan al mundo moderno. Es la tensión entre la lengua inglesa moderna y el sanscrito clásico. Tensión que se resuelve con un nuevo

“arte que pueda considerarse moderno y, al mismo tiempo, reconocerse como indio” (Chatterjee, P. 2007: 97).

Para ello se desarrolla un aparato educativo puesto al servicio de este fin. También la familia en la India se transforma en un modelo diferente al tradicional pero no occidental. Estos procesos en parte los explica el autor a partir del papel jugado por el estado colonial que estuvo lejos de “normalizar” las colonias. Sus propósitos de dominio fueron profundamente diferenciables. Con base en esta experiencia diferenciadora y excluyente y luego de múltiples vicisitudes nuestro autor concluye con una esperanza: “pensar en nuevas formas de Estado moderno...reclamar para nosotros, los una vez colonizados, la libertad de imaginación” (Chatterjee, P. 2007: 97). Parecería que el papel desempeñado por el estado colonial facilitó en el largo plazo, la libertad de imaginación que este intelectual reclama.

En conclusión, los textos de Chatterjee ratifican la importancia teórica del texto de Anderson por los ejercicios críticos que suscitó. ¿Qué tanto podemos aprovechar estos ejercicios críticos para repensar nuestros propios nacionalismos? He aquí la pregunta de no fácil respuesta. Para comenzar es necesario repensar nuestra particular experiencia colonial en perspectiva comparada.

II. FRONTERAS Y PROCESOS NACIONALES

A. FONTERAS Y CONSTRUCCIÓN DE ESPACIOS NACIONALES

El concepto de frontera planteado por Frederick Turner en 1893 tuvo diversas connotaciones. En un aparte de su artículo lo relaciona con un espacio: superficie de tierras libres y abiertas a la conquista (Turner, F. 1991). En otro lo asocia con un proceso histórico: “el avance de la frontera ha sido un movimiento regular que se alejaba cada vez más del influjo de Europa, un desarrollo constante de independencia sobre líneas meramente americanas” (Turner, F. 1991: 12). Y, finalmente, lo asocia a una condición: “...la frontera es la cresta, la hoja aguda de la ola, el punto de encuentro entre barbarie y civilización” (Turner, F. 1991: 11). La primera acepción ha sido la más utilizada por los historiadores que estudian los procesos de colonización y poblamiento que adelantan diversas sociedades en el tiempo. Es una categoría censal: “...la margen

de una comunidad de colonos con una densidad de dos a varios habitantes por milla cuadrada”. Sin embargo, el propósito de Turner con las otras dos acepciones que le dio a la frontera fue asociarla al proceso de desarrollo nacional de los Estados Unidos durante el siglo XIX. Lo “americano” surge entonces como un tipo nacional que encarnó los valores del individualismo, de la democracia y en general de los valores republicanos. Todo esto se condensó en la famosa dicotomía planteada por los intelectuales decimonónicos: civilización o barbarie. El desplazamiento de la frontera puede ser entonces un proceso civilizatorio o un retorno al barbarismo (Turner, F. 1991: 11).

En el análisis del proceso de expansión hacia la frontera, Turner distinguió actores y las fronteras que éstos crean a partir de las coordenadas de tiempo y lugar: fronteras mineras, comerciales, hacendiles, ganaderas y agrícolas (Turner, F. 1991: 19). En éste caso connota recursos por incorporar. También hace referencia a un factor cultural. Una experiencia fronteriza implica que la sociedad que se desplaza se transforma en tanto la otra desaparece. Cuando unos grupos sociales deciden expandirse hacia territorios que consideran su frontera se barbariza a los grupos humanos que ocupan ese espacio con el fin de legitimar su desterritorialización.

En el contexto de la historiografía moderna la obra de Turner es quizás el trabajo que más controversia ha generado. Por un lado se discute la utilidad del concepto de frontera y sus relaciones con la cultura, las instituciones políticas y la nación. Por otro lado continúa su aplicación en el estudio de los más variados procesos históricos. Con respecto a lo primero, gran parte de los críticos señalan el carácter etnocéntrico del concepto propuesto por Turner que impide reconocer la participación y los aportes que a la historia del oeste de los Estados Unidos hicieron las minorías étnicas y raciales. Además señalan la insuficiencia del concepto para resolver problemas de clase y género en los procesos de expansión de las sociedades (Rausch, J. 2010). A cambio proponen el concepto de región que permite incorporar contextos ambientales, diversidades

culturales, identidades socialmente construidas y relaciones sociales que “moldean el ejercicio del poder y la resistencia al poder”.⁷

Descubrir etnocentrismos en una obra histórica publicada hace algo más de cien años puede resultar un ejercicio anacrónico. Cada obra hay que entenderla en el marco de su propio tiempo. En mi concepto el valor de la obra de Turner fue el haber introducido un tema y un objeto de investigación en la historia, más que un concepto o estrategia metodológica para el estudio de un proceso histórico de expansión. Cada historia que se estudie en el marco de un desarrollo fronterizo debe por lo tanto crear su propio concepto de frontera (Alistair, H. 1978: 16). Herbert Eugene Bolton, discípulo de Turner y fundador de la llamada “Escuela de la Frontera” asumió ésta perspectiva. Su mérito consiste en haber enmarcado ciertas temáticas de la historia hispanoamericana en el contexto de procesos expansivos o de las fronteras. Un buen ejemplo de ello es su trabajo sobre la Misión, la que entendió con gran acierto como una institución de la frontera. Con ello se creó un nuevo horizonte de interpretación sobre el tema de la evangelización en América (Bolton E. 1991). Ésta tarea ha sido en gran medida continuada por Alistair Hennessy quien de una manera creativa y compleja nos muestra la maleabilidad que puede tener un concepto y su capacidad para formalizar diversos procesos históricos, a tal punto que el autor logra distinguir más de diez tipos de fronteras, todas ellas aplicadas a procesos sociales y económicos de la historia colonial y del siglo XIX de América Latina.

Frontera, en mi concepto es básicamente la condición expansiva de una sociedad en un horizonte de expectativas y que debe dar cuenta tanto de la sociedad que se expande como de aquella que padece la expansión. Es un concepto de gran valor heurístico para la investigación histórica. Por lo tanto el concepto de frontera no puede ser utilizado como explicación última a estados de atraso o desarrollo de sociedades específicas, como lo hicieron el historiador peruano Belaúnde y el geógrafo Raymond Crist, que usaron una idea de frontera para explicar el atraso de América Latina con respecto a los

7 Véase Charles Reagan Wilson, “Introduction” en *The New Regionalism* Jackson, University Press of Mississippi, 1998. Citado por Jane M. Rausch, “¿Continúa teniendo validez el concepto de frontera para estudiar la historia de los Llanos en 2009?” (2010).

Estados Unidos⁸. Para ellos, América Latina no contó con una frontera promisoriosa capaz de permitirle alcanzar el desarrollo que sí logró Estados Unidos. Para Belaúnde, las tierras de frontera de Latinoamérica no tuvieron las condiciones medioambientales favorables para generar la riqueza con la que sí contó el “frontiersman” estadounidense. Las tierras latinoamericanas que fueron objeto de colonización durante los siglos XIX y XX tenían muy poco de lo que Belaúnde llamó “valor humano” (Weber, D. 1991). En ésta perspectiva, la frontera se convirtió para estos intelectuales en la clave que explicaría las profundas diferencias en el desarrollo entre la América española y la América anglosajona. Explicar el atraso o desarrollo de una sociedad implica muchísimo más que los resultados de unas experiencias fronterizas específicas.

En la historiografía contemporánea de América Latina la relación que estableció Turner entre frontera y nación aún es valorada por los historiadores que estudian los procesos políticos nacionales de sur América y en especial los casos de Chile con el territorio de Arauco, Argentina con la Pampa, Venezuela con los Llanos y Ecuador con el Pacífico. Se trata por lo tanto de cruzar el tema de las fronteras con los desarrollos de las economías nacionales y con los estados-naciones que se configuraron durante el siglo XIX. Así la frontera araucana ha sido sistemáticamente estudiada por el historiador chileno Sergio Villalobos que analiza la frontera militar creada por lo Araucanos que resistieron el dominio colonial por algo más de dos siglos. Hacia el año de 1851 ésta frontera experimentó los más duros embates como resultado del proyecto nacional chileno que consideró el territorio de Arauco como vital para la economía nacional que se configuraba en Chile durante el siglo XIX con base en el desarrollo de la agricultura comercial de exportación. Este proyecto dislocó el territorio araucano y consecuencia de ello fue el descenso demográfico de la población indígena (Villalobos, S. 1995). Ésta historia la interpreta Villalobos a partir de un concepto de frontera que él entendió como la demarcación cultural que el hombre blanco, cristiano y occidental hizo en América a partir del siglo XVI. Villalobos se reclamó seguidor de los trabajos de Turner y explícitamente lo planteó en sus trabajos.

8 Jane M. Rausch, ¿Continúa teniendo validez el concepto de frontera para estudiar la historia de los Llanos en 2009”, *Fronteras de la historia*, 15.1 (2010)

Este mismo proceso es analizado para el Ecuador por Jean Paul Deler que por el contrario no parte de un concepto de frontera sino de región. Entiende por ella el desarrollo de una comunidad en los ámbitos de la economía, la sociedad y la política. Desde una perspectiva geográfica analiza el desarrollo del Pacífico con base en la agricultura comercial del cacao el cual fue exportado a diversos lugares de Europa. El desarrollo del Pacífico incidió directamente en el desarrollo del espacio nacional ecuatoriano. Las haciendas, la consolidación urbana de Guayaquil y los nuevos sistemas de transporte permitieron la integración de la sierra con la costa, lo cual hizo posible que Ecuador configurara su espacio nacional. El Pacífico en éste contexto fue un territorio vital para el proyecto nacional ecuatoriano porque fue en este territorio donde se llevó a cabo el despegue de la agricultura comercial (Deler. J.P. 1994).

Un proceso similar se adelantó con el sometimiento y la incorporación de los pueblos originarios de Norpatagonia a los estados nacionales argentino y chileno y a la economía capitalista en el periodo de 1872 a 1943 (Delrio, W. M. 2005). Desde una perspectiva subalterna Walter Mario Delrio analiza el proceso de sometimiento de los pueblos indígenas pero también las acciones y estrategias que éstos desarrollaron para enfrentarse al estado liberal y a sus políticas. Éste proceso Delrio lo entiende como un nacionalismo que “se constituye en una estructura de sentimiento que transforma el espacio en el „suelo patrio“ e interpela a los individuos y a los sujetos colectivos como parte de un carácter nacional. De esta forma, el estado viene a marcar fronteras con lo externo y define lo que queda adentro (pueblo-nación), homogeneizando el antes y el después de la territorialización” (Delrio, W. M. 2005: 19). Se trata pues de analizar críticamente la relación entre un estado nacional y una sociedad indígena que fue paulatinamente desterritorializada en el marco de la dicotomía civilización y barbarie que Delrio la plantea como la „mitología del desierto“ que permite construir un territorio como desierto y sus habitantes como salvajes (Delrio, W. M. 2005: 62).

Una perspectiva diferente a la anterior es la que relaciona territorios de frontera con procesos políticos en el marco de la configuración de caudillismos. Este es el caso de Lynch que en un importante ensayo asocia dos territorios de frontera, los Llanos venezolanos y la Pampa argentina, al tema de lo nacional. Los Llanos y la Pampa fueron durante el siglo XIX dos escenarios importantes en la construcción de liderazgos

políticos caudillistas, en el primer caso con José Antonio Páez y en el segundo con Juan Manuel de Rosas (Lynch., J. 1987). El autor analiza además las formas en que el llanero y el gaucho fueron incorporados paulatinamente a los proyectos políticos nacionales a partir de fuertes medidas de control. La relación entre fronteras y caudillos ha ocupado un lugar muy importante en las historias de la Pampa. Un buen ejemplo es el texto de María Sáenz Quesada que analiza la red política de Juan Manuel Rosas que “Unía a sus condiciones personales la cualidad de ser el mayor propietario rural de la zona, de hallarse emparentado y asociados con los otros grandes terratenientes, y de expresar mejor que ningún otro político los reclamos del mundo rural” (Sáenz, M. 1998: 84).

Ésta misma relación se ha planteado para el caso de Uruguay a propósito del estudio sobre los Charrúas Minuanes y la relación que con ellos estableció Artigas, quien de “joven vivió en las tolderías charrúas; fue adoptado y reeducado por ellos; tuvo un hijo en las tolderías –el caciquillo- y estos hechos marcaron toda la vida del prócer, pues ni militar ni ideológicamente puede entenderse el periodo Artiguista sino se parte de esa alianza excepcional entre tribu y caudillo” (Padrón. O. 2004: 82). En todos los casos se puede reconocer el papel central que tuvieron las tierras de frontera en los procesos de desarrollo de las economías y los estados nacionales aquí tratados. Procesos diferentes se presentaron en México y el Perú. En estos casos los territorios de frontera, la Amazonía o el norte de México no jugaron un papel central en la configuración de los espacios económicos nacionales y en las configuraciones nacionales de éstos dos países. Esto si se compara con lo que sucedió Argentina o Chile entre otros. En la frontera amazónica peruana o en el norte de México se llevaron a cabo procesos económicos extractivos (García, P. 1998). En el norte de México sin duda se desarrolló una guerra prolongada contra entre las sociedades indígenas y los colonos militares (Alonso. A. M. 1997). Aunque el contexto de la guerra contra los indígenas es el mismo que en el sur de Suramérica, en el desarrollo del capitalismo y en la formación del Estado, ésta frontera no jugó un papel en comparación a la zona central de México (Pittman, D. 1997). Hacia ésta se dirigieron los esfuerzos de las élites liberales que tuvieron como objetivo municipalizar los territorios indígenas a partir de eliminar los fueros coloniales. Ésta política causó el mayor impacto en las formas de organización territorial, económica y social que los habían configurado durante los siglos XVI y XVII. La magnitud del fenómeno y las formas en que se construyeron las nuevas estructuras de

dominio se pueden estudiar en la obra de Pittman que analiza el fenómeno de manera rigurosa y sistemática para el Estado de Morelos en el periodo de 1869 a 1876. Su objetivo fue analizarla transición que experimentó la región hacia formas capitalistas y liberales interpretadas por el autor desde el horizonte teórico marxista de Barrington Moore y Theda Skocpol. En México y Perú en tema nacional sus historiadores lo han abordado a partir de dos fenómenos culturales: la virgen de Guadalupe y la utopía andina.

III. MÉXICO Y PERÚ: GUADALUPE Y UTOPIA ANDINA

Diversos autores han relacionado el tema nacional en México y Perú con dos fenómenos culturales que tienen sus raíces en el mundo colonial: la virgen de Guadalupe en México o el milenarismo o utopía andina en el Perú. En el primer caso se analiza el ícono guadalupano como factor potenciador de nacionalismo y en el segundo se asocia el milenarismo o la utopía andina a un factor inhibitorio o que retardó el desarrollo del nacionalismo peruano. En ambos casos subyace la relación entre religión y política. Esta relación la propuso Marcel Bataillon para el estudio de procesos políticos coloniales. En opinión de Jacques Lafaye, su discípulo, Bataillon se ocupó durante veinticuatro años, 1950 a 1974 a estudiar el sentimiento americano en las sociedades criollas en América y cómo éste se gestó en los conventos (Lafaye, J. 1997: 156).

Comienza así una importante tradición de estudios históricos que examinan la relación religión y nacionalismo para los casos de México y Perú. Jacques Lafaye fue investigador que se ocupó en estudiar el caso mexicano por considerarlo emblemático de esa relación (Lafaye, J. 1995).

Ahora bien, si inicialmente Lafaye pensó que estos íconos (vírgenes y santas), de origen genuinamente criollo, habían potenciado nacionalismos luego redimensionó el problema. Los íconos podrían dar cuenta del patriotismo criollo pero éste no se podría considerar como etapa en el desarrollo del nacionalismo (Lafaye, J. 1997).

El mismo tema ha sido explorado recientemente por historiadores peruanos que como Mujica Pinilla valoran la relación entre religión y política en el contexto colonial e intentan encontrar en ella alguna clave para el estudio del nacionalismo peruano. En ésta perspectiva el autor estudió el proceso de beatificación de Isabel Flores de Oliva (Mujica R. 2001). Para el caso de México se mantiene ésta perspectiva y prueba de ello es la obra de Antonio Rubial García quien considera “que hacer una nueva lectura sobre este tipo de literatura (hagiográfica) puede aportar interesantes datos sobre la formación de nuestra conciencia nacional” (Rubial A. 1999: 77-83).

En mi concepto, si lo nacional se define ante todo como un proceso identitario, las prácticas socio-culturales de los criollos estuvieron desprovistas de toda pretensión de identidad. Basta con tener presente que los esfuerzos de los criollos en todos los campos estuvieron dirigidos a equipararse a los peninsulares y no a diferenciarse de ellos. En síntesis, la relación entre comunidades religiosas y comunidades políticas destacada por Anderson para el caso europeo, si se quiere afortunada en muchos aspectos, para el caso de América Latina el asunto es aún un campo de estudio importante a pesar de la larga tradición historiográfica que comenzó con el trabajo de Phelan (1956), continuó con Lafaye (1977) y luego Brading (1980) pioneros en el estudio del tema nacional con raíces en el llamado periodo colonial.

En el caso del Perú, la tradición historiográfica en el estudio del milenarismo ha contado con dos exponentes, Macera y Flores, los cuales han tratado de explicar por qué éste fenómeno emerge en ciertas coyunturas políticas de crisis. El milenarismo es una mirada mítica hacia el pasado al que se añora restituir. Un proyecto nacional entraña una visión particularmente fuerte sobre el porvenir, en este caso tenemos una manifestación cultural contraria a este propósito como se puede concluir a partir de las obras de estos autores. El milenarismo como respuesta cultural al hecho histórico de la Conquista es pues un fenómeno constante en la historia del Perú⁹. Qué tanto inhibió el proceso nacional peruano es aun una pregunta abierta a la investigación.

9 Los historiadores plantean dos respuestas culturales al hecho histórico de la Conquista. Milenarismo en el Perú y reconstitución étnica en México. Sobre esto último véase, Marcello Carmagnani, *El regreso de los dioses. El proceso de reconstitución de la identidad étnica en Oaxaca. Siglos XVII y XVIII*, México, FCE, 1988

Si partimos de la afirmación que el desarrollo del proyecto nacional en el Perú fue relativamente tardío con respecto al de sus naciones vecinas, parte de la respuesta la podemos encontrar en la experiencia exportadora de Perú durante el siglo XIX, al contrario de lo que sucedió en México, no estuvo asociada a la agricultura comercial ni al tradicional sector minero de la plata. Fue una economía extractiva de guano en tierras del Pacífico. Éste proceso configuró una problemática particular en todos los órdenes que condicionó el desarrollo del estado nacional peruano durante el siglo XIX. Luego se le sumó la Guerra del Pacífico entre Perú, Bolivia y Chile. Sus efectos fueron desastrosos para el proyecto nacional peruano (Bonilla, H. 1980).

A manera de conclusión, los temas de fronteras y naciones aun todavía concentran la atención de los investigadores. El concepto clásico de frontera ha sido despojado de su carga ideológica y con ello su utilidad ha aumentado para el análisis de los procesos de integración de las fronteras internas a los proyectos nacionales. Ésta es apenas una relación de todas las que integran el amplio espectro de asociaciones analíticas que abrieron las teorías sobre la nación. Un análisis más complejo e integral sobre el nacionalismo sin duda tendrá que incluir nuevas relaciones como condición para aumentar la comprensión de un tema tan complejo como el nacional.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

LA NACIÓN: LA TRILOGÍA TEÓRICA DE 1983 Y SUS ANTECEDENTES

Anderson, B. (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE).

Anderson, B. (1996) *Mapping the Nation*. London-New York: Verso-New Left Review, pp. 1-16.

Bhabha, H. (2006) “Diseminación: El tiempo, el relato y los márgenes de la nación moderna”. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial, pp. 175-211.

Chatterjee, P. (2008) *La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 55-107.

Gellner, E. (1983) *Naciones y nacionalismos*. Madrid: Alianza Universidad.

Guerra, F. X. (2003) “The historians. Forms of Communication, Political Spaces, and Cultural Identities in the Creation of Spanish American Nations”. *Beyond imagined communities: reading and writing the nation in nineteenth-century Latin America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Guibernau, M. (1996) *Los nacionalismos*. Barcelona: Ariel.

Hobsbawm, E. (1991) *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Editorial Crítica.

Hobsbawm, E. y Ranger, T. (1983) *La invención de una tradición*. Barcelona: Crítica, pp. 7-21.

Renan, E. (1947) *¿Qué es una nación? Cristianismo y judaísmo. Contemporáneos ilustres. Consejos del sabio*. Buenos Aires: Editorial Elevación, pp. 23-42. Texto reproducido por el Instituto de Estudios Peruanos, Lima, Junio de 2002.

FRONTERAS Y PROCESOS NACIONALES

Deler, J. P. (1994) "Transformaciones regionales y organización del espacio nacional ecuatoriano entre 1830 y 1930". *Historia y Región en el Ecuador. 1830 - 1930*, Quito: FLACSO - Corporación Editora Nacional - CELARC, pp. 295-353.

Delrio, W. M. (2005) *Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia 1872-1943*. Buenos Aires: Universidad nacional de Quilmes.

García Jordán, P. y Sala i Vila, N. (1998) *La nacionalización de la Amazonía*. Barcelona: Universitat de Barcelona, Barcelona.

Hennessy, A. (1978) *The Frontier in Latin America History*. Albuquerque: University of New Mexico Press.

Lynch, J. (1987) "Los caudillos en la Independencia: enemigos y agentes del Estado Nación". *Cuatro ensayos: de la respuesta criolla a los caudillos republicanos. Hispanoamérica 1750-1850*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Mayo, C. A. (2004) *Estancia y sociedad en la pampa (1740-1820)*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Rausch, J. M. (2010) "¿Continúa teniendo validez el concepto de frontera para estudiar la historia de los Llanos en el siglo XXI?". *Fronteras de la Historia*. Vol. 15, N° 1.

Sáenz Quesada, M. (1998) *Los estancieros*. Buenos Aires: Editorial Suramericana.

Turner, F. J. (1890) "The Significance of Frontiers in American History". *Where Cultures Meet. Frontiers in Latin American History*. Wilmington: SR Books. Serie: Jaguar Book on Latin America, N° 6.

Turner, F. J. (1960) *La frontera en la historia Americana*, Madrid: Castilla.

Villalobos, S. (1995) *Vida fronteriza en la Araucanía. El mito de la guerra de Arauco*. Santiago: Editorial Andrés Bello.

Weber, D. (1991) "Turner, los Boltianos y las tierras de frontera". *Estudios nuevos y viejos sobre la frontera, Anexos de Revista de Indias*. Madrid: Centro Superior de Investigaciones Científicas, Centro de estudios históricos.

MEXICO Y PERÚ: GUADALUPE Y UTOPIA ANDINA

MÉXICO

Alonso, A. M. (1995) *Thread of Blood: Colonialism, Revolution, and Gender on Mexico's Northern Frontier*. Tucson: University of Arizona Press.

Brading, D. A. (1980) *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. México: Ediciones Era.

Gruzinski, S. (1994) *La guerra de las imágenes: de Cristóbal Colón a "Blade Runner" (1492-2019)*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE).

Lafaye, J. (1995) *Quetzalcóatl y Guadalupe: La formación de la conciencia nacional*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE).

Lafaye, J. (1997) *Mesías, cruzadas, utopías. El judeo-cristianismo en las sociedades iberoamericanas*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE).

Pittman, D. K. (1994) *Hacendados, campesinos y políticos: las clases agrarias y la instalación del Estado oligárquico en México, 1869-1876*. México: Fondo de Cultura Económica (FCE).

PERÚ

Bonilla, H. (1980) *Un siglo a la deriva: ensayos sobre el Perú, Bolivia y la guerra*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. Serie: Estudios históricos.

Burga, M. (1987) *El nacimiento de una utopía: muerte y resurrección de los incas*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.

Flores Galindo, A. (1987) *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.

Mallon, F. E. (2003) *Campesino y nación: la construcción de México y Perú poscoloniales*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).

Mujica Pinilla, R. (2001) *Rosa limensis: mística, política e iconografía en torno a la patrona de América*. Lima: IFEA – Fondo de Cultura Económica (FCE).

Zavaleta Mercado, R. (1986) *Lo Nacional-Popular en Bolivia*. México: Siglo XXI.